

EXHORTACIONES PASTORALES

PREDICADAS

EN LA PRESENTE CUARESMA

POR

EL OBISPO ADMINISTRADOR APOSTOLICO

DE LA DIOCESIS

CUARTA

*Monsieur
Isidoro Ba
riza*



3º 4º

GUAYAQUIL

IMPRESA DE GOMEZ HERMANOS, CALLE DE AGUIRRE 62

1893

FIN SUPREMO DEL HOMBRE

In gloriam meam creavi eum.
Lo he creado para mi gloria.

Isaías XLIII, 7.

MUY corto es, amados fieles, el viaje del hombre por la tierra, aunque innumerables y abrumadoras las miserias que encuentra en el camino de la vida; porque sembrado está éste de punzantes espinas, y apenas podemos dar un solo paso sin dejar huellas ensangrentadas. La vida del hombre es flor que en breve se marchita, sombra que pronto desaparece: *Quasi flos egreditur, et conteritur, et fugit velut umbra.*—Job. XIV, 2.

El primer paso que da el hombre en la vida.

es, como dice un ilustre Prelado, el primero también que lo aproxima al sepulcro : tan luego que aparece en la escena de la vida, es notificado con la sentencia de muerte ; como si el vivir fuera en él un crimen, basta que viva para merecer morir. No fué éste su primer destino ; el Autor de nuestro sér animó desde luego la existencia del hombre con un soplo de inmortalidad ; puso en él un germen de vida que la revolución de los tiempos no podía debilitar, y mucho menos extinguir ; su obra estaba concertada con tal orden, que podía desafiar la injuria de los siglos, pues que nada, nada extraño era capaz de disolver, ni aun alterar su bellísima armonía. El pecado segó ese germen divino, y armó á todas las creaturas contra el hombre. Es por el pecado, asegura San Pablo, que la muerte entró en el mundo.—*Per peccatum mors.*—Rom. V. 2.

A causa, pues, de la culpa pesa sobre el hombre el terrible decreto que dictó y sancionó la Justicia divina, de que ha de morir, y morir una sola vez : *Statutum est hominibus semel mori.*—Hebr. XI, 27.

Sin cesar caminamos á la muerte, y por medio de ella á la eternidad ; la cual será para cada uno, según la haya prevenido, según se la haya fabricado, por decirlo así, con las acciones aquí en la tierra : *Ibit homo in domum æternitatis suæ.*—Eccle. VII, 5—: Irá el hombre á la casa de su eternidad, esto es, á aquella que él mismo se ha preparado, á aquella que en justicia le pertenece.

¡ Cuántos perversos viven en la opulencia aquí en la tierra, colmados de prosperidad, oprimiendo

al desvalido ; y cuántos justos anegados en un mar de tribulaciones, sufriendo con heróica resignación el desdén de los impíos ! Los mismos paganos, al contemplar ésto, conocieron y comprendieron á favor de la sola luz de la razón, que existiendo un Dios, y siendo la justicia uno de sus atributos, debía haber otra vida para el hombre, en la cual el malvado sufra el condigno castigo, y goce el bueno del premio que merece.

No es la tierra nuestra patria, aquí nos hallamos sólo de tránsito : *Non habemus híc manentem civitatem, sed futuram inquirimus*: no tenemos aquí mansión permanente, y por esto buscar debemos la que está por venir. —Hebr. XIII, 14.— Y ¿ cómo la hallaremos, cómo nos procuraremos una eternidad feliz ? Para conseguirla es indispensable, ó no haberse apartado jamás del fin supremo alejándose de Dios por el pecado, ó, si esto ha acontecido, volver al Señor oportunamente.

Hé aquí, amados fieles, lo que vamos á considerar hoy, en la parábola del *Pródigo*.

I.

Volviendo en sí, el joven de la parábola, dijo: ¡Cuántos siervos en la casa de mi padre tienen pan en abundancia, yo aquí perezco de hambre! Me levantaré é iré á mi padre y le diré: Padre mio, pequé contra el Cielo y delante de tí: ya no soy digno de llamarme hijo tuyo; recíbeme siquiera en el número

de tus domésticos. Y, en efecto, levantóse y se encaminó hacia la casa paterna.

La horrorosa situación en que se halla el Pródigo, los males sin cuento de que se ve rodeado, lo inducen á reflexionar seriamente sobre todo lo que por su propia culpa ha perdido y la deshonra que á sí mismo se ha hecho. El pesado yugo de la infame esclavitud en que se encuentra, lo obliga á deplorar más y más la felicidad de que disfrutaba bajo la dulce dependencia paterna; la tiranía del amo á quien sirve lo fuerza á llevar todos sus pensamientos hacia la ternura y los cuidados de su excelente padre, á quien ha correspondido con desprecio é ingratitude.

El primer paso en su regreso al hogar paterno, es volver en sí mismo, *in se autem reversus*, como dice el texto sagrado. Dentro de nosotros, afirma el autor que seguimos, se encuentra un santuario en el cual reside la Divinidad; es allí, en esa imponente soledad, donde el hombre halla verdadero recogimiento á la vez que su única salvaguardia; es allí donde oye la voz de Dios, cuando habla á su corazón, llamándolo al cumplimiento de sus deberes. Tan luego como sale de aquel santuario, no estando ya sólo consigo mismo, se entrega á la disipación de los sentidos, y no percibe más que los perversos consejos de los apetitos desordenados.

¡ Desgraciados imitadores del Pródigo !: si le habéis seguido en sus extravíos, seguidle también en su arrepentimiento: entrad como él en el santuario de vuestra conciencia; ahí, á favor de la luz divina, distinguiréis el abismo inmenso que os se-

para de Dios; ahí oiréis una voz secreta que os llama con ahinco á tomar el sendero de la verdad y del bien; y esa misma voz os advertirá que la desgracia mayor que puede sobrevenirnos, desgracia irreparable, es que os sorprenda la muerte en el miserable estado en que os halláis. ¡ Dichoso el momento en que el pecador, merced á esa luz sobrenatural, descubre la enormidad de sus errores y sus vicios, y toma la salvadora resolución de romper en mil pedazos el yugo ominoso que pesa sobre él!

¡ Vosotros, Espíritus angélicos, que comprendéis y contempláis toda la grandeza de esta resolución, incomparablemente más digna de encomio que todas las hazañas de los héroes del mundo; sólo vosotros, decimos, sois capaces de describirla con perfección, y poner así de manifiesto ante el hombre todo lo que ella vale, y cuánto bien reporta para él la gloriosa victoria sobre sí mismo!

¡ Quanti mercenarii in domo patris mei abundant panibus, ego autem híc fame pereó! ¡ Cuántos siervos de la casa de mi padre tienen el pan en abundancia, y yo aquí perezco de hambre!

Desgraciados se denominan en el lenguaje del mundo todos aquellos que están privados de saber, de fortuna y de honores en la tierra, y obligados, por tanto, á vivir sirviendo á los demás; empero ¿cuántos de éstos, que apenas conocen lo necesario para obtener la salvación eterna, saben más, en realidad de verdad, y gozan sin comparación de mayor paz que los grandes sabios y los grandes opulentos del mundo? ¡ Ah! los primeros viven unidos á Dios, recibiendo en abundancia el pan de la gracia,

el pan de la verdad ; al paso que los segundos, si se desvían, como por desgracia sucede con frecuencia, del fin que el Criador ha impuesto al hombre, son víctimas del hambre horroroso que acosa á todo el que se aleja de las miradas del universal Padre de familia. Estos son atormentados de continuo, cual ya lo hemos dicho, por los remordimientos y las inquietudes, que los obligan á vivir en perpetua agonia. *Fame pereo.*

Contemplando, amados fieles, el magnífico cuadro que Jesucristo Nuestro Señor se ha dignado trazarnos, paremos mientes y admiremos como es debido, es decir, de manera que obtengamos aprovechamiento de ello; admiremos, decimos, como la gracia produce sus salubérrimos efectos en el corazón del Pródigo, ó dicho mejor, en el pecador que toma la resolución de volver á Dios. Comienza, pues, por hacerle tener cuenta con el estado miserable á que lo han reducido las malas pasiones: tal advertencia arranca de repente el espeso velo que cubre sus ojos, y el hombre queda atónito á vista del oprobio, de la ignominia que lo circunda; en seguida, movido por aquel celestial impulso, dirige, entre lágrimas de compunción, una mirada escrutadora hacia los primeros años de su vida, esto es, de aquella dichosa edad en que el Angel de la inocencia lo cobijaba amorosamente bajo sus alas esplendorosas: compara entonces las dulzuras de que gozaba en el hogar paterno, en el servicio de Dios, con el acíbar que le propinan sus perversos apetitos; y semejante comparación lo excita á exclamar: ¡Qué es lo que yo abandoné, por mi culpa, y qué lo

que he encontrado! ¡Bendita mansión de mi padre, cuánta abundancia, cuánta legítima libertad, cuántos deleites verdaderos encierras en tu seno! ¿Cuándo volveré á hallarme bajo tu sombra benéfica?

El segundo paso, amados fieles, del que realmente quiere salir de la sima tenebrosa en que lo han precipitado el error y el vicio, es tomar incontinenti la resolución firme, valerosa, eficaz de sacudir las cadenas que lo aprisionan y levantarse de su postración: *Surgam, et ibo*: Me levantaré y marcharé en seguida. Luego, por inaccesibles que le parezcan los obstáculos que se opongan á su marcha, salvarlos con denuedo, y correr entusiasmadamente en busca de la Verdad y del Bien, en busca de Dios: *Ibo ad patrem meum*.

Sí, amados fieles, el Pródigo, el que se ha separado de Dios, queremos decir, debe correr desalado, sin que nada sea parte á detenerlo, á los pies de su Padre, de su Creador, de su Dios, y decirle, lleno de compunción: aunque ingrato, aunque indigno, soy vuestro hijo; he desfigurado vuestra imagen en mi alma, mas no la he borrado, no ha podido borrarse: aquí la tenéis, reconocedla, Señor, con vuestra penetrante mirada, al través de las densas sombras con que la rodea la culpa. Compadecedos de esta pobre alma, y no permitáis que ella, en que se reflejó vuestra Divinidad, sea objeto eterno de vuestra soberana venganza. . . . Yo lo confieso, Padre mio; he pecado contra el Cielo y delante de Vos: *Pecavi in cœlum, et coram te*. He tenido fijos mis ojos en la tierra, rehusando llevar mis miradas á lo alto para recordar que es allá donde se encuentra

mi verdadera patria, y el lugar, en consecuencia, adónde he debido dirigir todos mis pensamientos; he abusado temerariamente, he despreciado las luces que el Cielo ha enviado sobre mí, consagrando yo á la iniquidad todos los días que han compuesto mi triste y miserable vida: *Peccavi in cœlum.*

He usado indignamente de tantos dones y beneficios como me habeis prodigado, empleándolos en crímenes y abominaciones, cuyo solo recuerdo sobremodo me turba y me confunde; y todo esto, sabiendo, cual sabía, que sin cesar estaba en la presencia de vuestra augusta Majestad: *Peccavi coram te.*

Vos habéis sido para mí, Señor, el mejor de los padres; y yo para Vos, el peor de los hijos. Borrarme, sí, borrarme del número de vuestros hijos; empero, servíos recibirme siquiera como el último de vuestros esclavos: á todo me someto, todo lo acepto, menos la horrorosa suerte de continuar viviendo separado de Vos. *Jam non sum dignus vocari filius tuus: fac me sicut unum de mercenariis tuis.*

II.

Pero ¡ ay ! amados fieles, no son pocos los que á pesar de sentir los primeros efectos de la gracia, de reconocer el miserable estado en que se encuentran, con todo, permanecen inmóviles. ¿Qué los detiene ?

La astucia del común enemigo, del rey de las tinieblas, del padre de la mentira, que se halla muy bien representado en el amo cruel de la parábola, tiende dos terribles lazos, hablando con San Agustín, á la veleidad y flaqueza de los hombres : *la seducción y el terror: Posuit in muscipula errorem, et terrorem*. Ora los atrae con vanas y lisonjeras esperanzas, ora los detiene con insensatos y pueriles temores: *Errorem quo illiciat, terrorem quo frangat*. Emplea el primero para corromper la inocencia, atrayendo al hombre á los torcidos caminos del error y del vicio ; echa mano del segundo para intimidar al pecador que empieza á ser tocado por la virtud de la gracia divina, ahogando, en su misma cuna, los deseos de penitencia que han nacido en ese corazón.

Ahora bien ; si necio y criminal es quien se deja engañar por aquella seducción, lo es más aun el que se detiene por el vil respeto humano ; pues que ultraja así, directa y explícitamente, la grandeza de Dios y la verdad de sus promesas.

Con efecto, la grandeza de Dios exige, hablando con el notable orador antes mencionado—MASILLO—que no se le compare con un mundo tan pequeño, tan ignorante, tan perverso, tan despreciable ; y que no se ponga en paralelo la gloria infinita del Creador con la que busca ufano ese cínico embustero. Cuando por una parte la voz de Dios llama al extraviado, y por otra lo detiene el temor de la censura de los hombres mundanos, con el hecho de ceder cobardemente á las sugestiones de éste, habla así á Dios, por medio del lenguaje de las disposiciones de su corazón : “ Señor, yo os sirviera desde

ahora, si en la situación en que me hallo me fuese permitido el dedicarme á Vos: yo quisiera, sí, romper para siempre con un mundo que me es pesado é insoportable, si al declararme por vuestro, esto es, por verdadero cristiano, no llegase á ser objeto de sus murmuraciones, y si mi nueva conducta no fuese el blanco de sus burlas. Estoy convencido, es verdad, que es sumamente triste el vivir separado de Vos; pues os habéis servido protejerme con inclinaciones favorables á la virtud y con cierto horror secreto respecto á los vicios de los cuales he sido esclavo tanto tiempo; sin embargo, aun arrastro vilmente mis cadenas, porque este mundo en medio del cual debo vivir, y que os aborrece, no quiere que nadie os ame. ¡ Ah! si mis inclinaciones, Señor, hubiesen de decidir de mi suerte, si yo pudiese permanecer lejos de las miradas del público, viviera entonces solamente para Vos, porque sólo Vos merecéis verdaderamente ser servido. Pero bien sabéis cuán terrible es el mundo para con los que os sirven públicamente y del modo que queréis ser servido; y como estoy precisado á vivir en el mundo, y es necesario declararse por Vos ó por el mundo, hé aquí que, á pesar de no desear ofenderos, soy tan cobarde que aún continúo ofendiéndoos; y aunque el mundo me desagrada, me hastía y me cansa, no me atrevo á despreciarlo.”

¡ Oh hombre, exclama San Juan Crisóstomo, sabes bien cual es el estilo que usas para con tu Dios!: me conformo, le dices, con que me maldigáis en cambio de merecer los aplausos del mundo; prefiero ser eterno objeto de vuestro soberano desdén, antes que perder la estimación de los perversos.”

sos!!! ¿Nó es para horrorizar semejante impiedad?

Pero no solamente ultraja la grandeza de Dios ese vil temor al mundo, sino que también injuria la verdad de sus promesas. ¿Os parece que si os declaráis por Jesucristo, su Majestad no sabrá confortar vuestro corazón contra la tempestad de los juicios de los impíos, y que así, los rayos que os disparan los insensatos mundanos, os harán tanto daño como el que causan á la luna las dardos que contra ella asesta un niño sin saber lo que se hace? *Sagittæ parvulorum factæ sunt plagæ eorum.*—Psal. LXIII.

¿Ignoráis que una vez ilustrados vosotros por la luz de la gracia, comprenderéis cuán superior es vuestra condición á la de los míseros esclavos del mundo; que reconociendoos en la cumbre de la verdadera sabiduría y de la verdadera honra y de la verdadera gloria, cuales son las que procura la unión con Dios, su divino servicio, miraréis muy abajo las cosas del mundo y cuantos á ellas se encuentran apegados? Sí, entonces rechazaréis con indignación los perversos dictámenes de éstos, sus burlas y sus vituperios, parando mientes en ellos sólo, sólo para compadeceros de su locura, de su desgracia, y rogar al Señor que los vea con misericordia, á ejemplo del arrepentido Rey, que dice: “Yo me mortifiqué con el ayuno, y el mundo se burló de mí; me cubrí de ceniza y de cilicios, y fuí la mofa de Jerusalen; lloré mi pecado delante de tí; oh Dios mío! y fuí asunto de las canciones satíricas de los insensatos: *In me psallebant qui bibebant vinum.*—Psalm. VI. Y entonces, movido más de su locura que de su desprecio, os supliqué, Señor, que os apiadaseis de

su ceguera, y que les manifestaseis las eternas verdades de vuestra justicia. *Ego vero orationem meam ad te, Domine.*

Ved, pues, amados fieles, que también irroga temerariamente la más grande injuria á la verdad de las promesas de Dios Nuestro Señor, el pusilánime que se deja imponer por la vocinglería de los necios que componen el mundo, en el sentido que aquí tomamos esta palabra; pues con su infame cobardía niega insolentemente la fidelidad con que el Señor cumple con todo aquello respecto de lo cual ha empeñado su soberana palabra: el Cielo y la Tierra dejarán de existir, ha dicho Jesucristo, antes que no tengan cumplimiento mis palabras: *Coelum et terra transibunt, verba autem mea non transibunt.*—Math. XXI, 23.

¡ Lágrimas de los grandes hombres, sacrificios sublimes, laureles resplandecientes cosechados con el fecundo riego de sangre, pero no de hermanos cual se alcanzan en guerra fratricida, sino del mismo héroe vertida en el rigor de la penitencia, vencién-dose á sí mismo; virtudes extraordinarias, cuyo ejemplo ha pasado de generación en generación, de siglo en siglo, vosotros sois el testimonio más elocuente, la prueba más irrefragable de la fidelidad con que el Señor cumple con sus divinas promesas, y por tanto, que cuando el hombre cede á los impulsos de la gracia, Él lo asiste con nuevos y mayores auxilios, á fin de que pueda continuar valerosamente por el estrecho pero seguro sendero de la Verdad y del Bien.

Con efecto, cuando después de las indecibles angustias de la duda, de la perplejidad, de la inde-

cisión, se rompe con el error y con el vicio, se declara guerra al mundo y se pronuncia uno franca y denodadamente por Jesucristo, entonces se efectúa en el alma una transformación admirable. “Entonces, se levanta Agustín, y siéndole importuna por primera vez hasta la misma amistad, va á esparcir su alma derramando un torrente de lágrimas solitarias. El gran sabio, extraviado y engolfado hasta entonces en el vano amor de la gloria y de las creaturas, ve desaparecer en un solo momento todos los encantos que lo han seducido durante su juventud. La verdad triunfa en su corazón y nada le seduce ya en las deliciosas llanuras de Lombardía; en nada reputa el nombre de sabio que tanto atractivo había tenido para él poco tiempo antes, y mira con desprecio los dulces juramentos que forman las delicias de los corazones extraviados. En cuanto la verdad penetra en su alma, se decide á abandonar aquellos sitios testigos de sus pasadas debilidades; y cogiendo por la mano á su santa y anciana madre parte inmediatamente, y desde el puerto de Ostia cree divisar aquella sombría soledad que lo ha de ocultar para siempre á la admiración del mundo, y en donde van á sepultarse todos los ensueños de su pasada vida.”

En fin, amados fieles, para conseguir nuestro fin supremo, no basta confesar á Jesucristo á hurtadillas, avergonzándose de Él ante los hombres; es necesario proclamarlo, con el valor propio del verdadero cristiano, á la faz del mundo entero. Él nos tiene advertido que negará ante su Padre celestial, á todo aquél que lo hubiese negado delante de los hombres. Tampoco es suficiente tener fé en Él, si

no probamos esta fé con nuestras obras: *Fides sine operibus, mortua est.*—Jacob. II, 26.

Concluimos, amados fieles, dirigiendoos las palabras con que exhortaba á los Corintios el predilecto discípulo del Príncipe de los Apóstoles y fiel compañero de San Pablo, el Papa y Mártir San Clemente Romano. “No nos contentemos, les decía, sólo con clamar al Señor, porque esto no nos salvará; pues Él mismo nos ha advertido de ello, en estos términos: *No todo el que dice Señor, Señor, se salvará, sino el que practica la justicia*—Math. VII, 21.—Por tanto, hermanos, confesémosle con nuestras obras. . . . Abandonando las afecciones de este mundo, hagamos la voluntad de Aquél que nos eligió, y no temamos abandonar esta tierra. Porque dijo el Señor: *Ved que os envío como ovejas en medio de lobos: no temáis á los que matan el cuerpo, y no pueden matar el alma; temed antes al que puede echar cuerpo y alma en el infierno.*—Ibid. X, 25.”

“Sabed, hermanos, que la peregrinación de esta carne por este mundo es breve, por poco tiempo, y la promesa, grande y admirable; pues consiste en el descanso del futuro reino, de la vida eterna. ¿Qué, pues, hemos de hacer para conseguirla, sino vivir y proceder santa y justamente, no apeteciendo las cosas de este mundo, considerándolas *ajenas á de nuestro fin?* Mientras fijemos el corazón en estas cosas, nos apartamos del verdadero camino.”

“Dice el Señor: *Nadie puede servir á dos Señores.* Servir á Dios y al mundo es cosa imposible. Y ¿qué utilidad es para cualquiera si gana el mundo entero, pero perjudica á su alma?—*Este siglo y el futuro* son dos enemigos: aquél predica la maldad, la co-

rupción, la avaricia, el fraude; éste la renuncia de todo eso. Por consiguiente, no podemos ser amigos del uno y del otro; conviene, pues, que separándonos de aquél, sirvamos á éste. Pensemos que es mejor aborrecer las cosas de aquí, porque son pequeñas y sujetas á la destrucción, á la brevedad del tiempo, y amar las cosas celestes, grandes y perdurables. Haciendo la voluntad de Cristo encontraremos descanso; si no, nada nos librárá del eterno suplicio que merece el desprecio de sus mandatos.”

“ Por esto, hermanos queridos, luchemos, teniendo presente que estamos empeñados en el certamen. En las luchas mundanales se esfuerzan los hombres trabajando de veras y peleando valerosamente para ser coronados; así peleemos también nosotros de manera que alcancemos la corona. Corramos por el camino recto; peleemos sin cesar en el incorruptible certamen; concurramos incesantemente á él y luchemos hasta ser coronados. Si no es posible que todos obtengamos el primer premio, procuremos conseguir al menos el inmediato. No olvidemos que en los certámenes profanos, todo atleta que comete un fraude, una falta, es azotado y arrojado en seguida fuera del estadio. ¿Qué os parece? El que corrompiese el certamen de la incorrupción ¿qué merecerá? De los que no han conservado el sello de la fé, dice el Señor: *El gusano de ellos no morirá, y el fuego de ellos no se apagará y serán visión para toda carne.*—Isa. LXV·I, 24.”

“ Por tanto, mientras vivimos en la tierra, hagamos penitencia. Porque somos barro en manos del artífice. Y del mismo modo que el alfarero si, al hacer el vaso, se le deforma ó tuerce entre las

manos, vuelve á hacerlo de nuevo, porque si desde luego lo pusiere imperfecto en el horno, ya no podría reformarlo; así también nosotros, mientras vivimos en este mundo, arrepintámonos de todo corazón de los males que hicimos, para que nos salve el Señor, en tanto tenemos tiempo de penitencia. Porque después que hayamos salido de este mundo, allí ya no podremos confesar ni hacer penitencia.”

.....

“Así, pues, hermanos, hagamos la voluntad del Padre que nos llamó para que vivamos y sigamos con preferencia la virtud, apartándonos desde luego del vicio, precursor del pecado. Huyamos de la impiedad, para que no nos rodeen los males. Algunos se dejan llevar de los respetos humanos, anteponiendo los goces presentes á las promesas futuras. Ignoran, por cierto, cuántos tormentos esperan al goce de los bienes presentes, y cuán grandes delicias encierra la futura promesa. Y al menos si ellos sólo se hicieran el mal, sería menos alarmante; pero nó, se proponen imbuir con malas doctrinas á las almas descuidadas, sin darse cuenta que le espera una doble condenación; la de ellos mismos y la de aquellos que los oyen.” —Epist. 2.^a, Cap. IV *et seque*,
Benedictio Dei Omnipotentis, Patris, et Filii, et Spiritus Sancti descendat super vos, et maneat semper.
